

Prólogo

Las huelgas ya no son lo que eran

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Recordamos no hace mucho Juan Marsé y yo cómo un día del mes de mayo de 1962, exactamente el 11, se bifurcaron nuestras vidas. La noche anterior se había celebrado en un aula de la Universidad de Barcelona un mitin cultural en el que casi todo el voluntariado intelectual español participó en un acto de solidaridad con la huelga de los mineros asturianos. Allí estaba José Agustín Goytisolo, como siempre, de perfil, Barral de capitán Accab, Celaya diciendo ya entonces que su poesía estaba superada, Zúñiga tan poco hablador como en él es habitual, García Hortelano retador: «Afortunadamente, para esto y para muchas otras cosas, ya somos muchos». Unos cuantos de estos «muchos» potenciales salimos a la calle en manifestación vigilada por la policía y ultimada en las Ramblas, donde departían los seguidores del Barça y algunos nos hicieron zancadillas porque Asturias Patria Querida se les colaba como un ruido en sus discursos sobre la decadencia de Kubala o el peligro del Real Madrid. Cuando se disolvió la manifestación, llegaron unos amigos colocadísimos, Marsé entre ellos, anunciando la falsa noticia de que se habían pegado con un señorito intelectual de mierda, de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, pero se trataba de una simple broma. García Hortelano escuchaba el anuncio desconcertado y durante casi dos años la secuencia de aquella noche me acompañó a través de un recorrido por tribunales militares, cárceles urbanas y agrarias, con Marsé y García Hortelano presentes en mis nostalgias de libertad y curiosamente recupero al uno y al otro años después en el transcurso del entierro de Joan Petit, un profesor formidable represaliado después de la guerra, asesor de Barral, muerto aplastado por la Historia, después de haberle explicado a un Juez Instructor por qué había protestado contra las torturas sufridas por un tal Jordi Pujol.

El once de mayo de 1962 un reducido grupo de estudiantes barceloneses nos manifestamos en la puerta de la Universidad Central, reducido porque empezaba el tiempo de los exámenes y sólo dimos la cara los que militábamos en diferentes clandestinidades, pero fundamentalmente en el PSUC. La carga de la policía fue brutal, descaradas las palizas en la calle y las torturas en el local central de la Brigada Político Social. Al día siguiente de nuestra detención los compañeros que habían quedado en libertad se enfrentaron nuevamente con la policía, más detenciones y finalmente un centenar de estudiantes fuimos a parar a la Cárcel Modelo, algunos de nosotros incomunicados y finalmente ocho, entre ellos mi mujer y yo, pasamos por un tribunal militar acusados de Rebelión Militar por Equiparación, recurso legal represivo anterior al Tribunal de Orden Público. Yo estaba incomunicado, pero desde mi celda de La Modelo iba recibiendo noticia de los detenidos y llegué a la conclusión de que estábamos en la cárcel casi todos los estudiantes realmente comprometidos que había en un distrito universitario entonces sólo de unos 12.000 estudiantes. En el mismo año de 1962 ya se había aplicado una durísima condena a tres universitarios, entre ellos el actual profesor de filosofía Joaquín Sampere, que habían pintado escritos de protesta en el interior de la universidad. Había que dar un escarmiento y sin poder probarme ninguna militancia, me condenaron a tres años de cárcel por gritar «Huelga General» y por cantar Asturias Patria Querida, actualmente himno de la comunidad autónoma asturiana. En las conclusiones judicial-militares figura que yo instigaba a cantar la canción desde la más absoluta voluntad subversiva, y subversiva volvió a ser la canción cada vez que los mineros asturianos se echaban al monte o a los caminos de la cuenca minera voceando huelgas que, aunque aparentemente eran reivindicativas de mejores condiciones de trabajo y ganancia, se convertían objetivamente en huelgas políticas porque el Franquismo había mutilado a los trabajadores de su derecho a la huelga.

Que una canción considerada idónea para excursiones en autocar sacara de quicio al Franquismo volvió a demostrarse meses después, cuando ya internados en la cárcel de Lérida cuatro de los estudiantes de mayor condena, Salvador Clotas, Martín Capdevila, Ferran Fullá y un servidor, fuimos convocados por un

jefe de Servicios achinado y algo anoréxico que blandiendo en la mano una postal de la hoy sinóloga Dolors Folch, nos increpó: «Este es un correo subversivo! Esta señora les dice que vuelve a sonar la vieja canción por los montes de Asturias. . . ». En efecto, volvía a haber huelga minera sobre la que cayó toda la dureza represiva de Franco, curtido varias veces desde su juventud en la represión de los mineros asturianos. Se habían producido cambios ministeriales «aperturísticos» en los que el Opus Dei reforzaba sus efectivos de camisas blancas y Fraga Iribarne ponía los gritos ilustrados, como los que emitió ante una delegación indagadora de las torturas sufridas por mujeres de mineros. Especialmente molestó a Fraga que alguien le preguntara por la manía de guardias civiles y otras policías de cortar el pelo al cero a las mujeres manifestantes. Ahí estaba la razón minera como un ariete fundamental dirigido una y otra vez contra las puertas de la fortaleza del Régimen y en pocos meses esas huelgas se vieron respaldadas por superestructurales reuniones políticas antifranquistas como la de Munich, en la que los demócratas calzados con mocasines, es un decir, consiguieron un protagonismo hasta entonces casi exclusivamente reservado a los llamados por la policía y por los funcionarios carcelarios «políticos de alpargata».

En tiempos de durísima represión, los mineros de Asturias eran el fundamental referente de la capacidad de resistencia popular a lo largo de los años sesenta, progresivamente acompañada de la acción de cada vez más numerosas vanguardias de obreros de las zonas industriales, del estudiantado alzado contra el SEU y de los colegios profesionales a los que iban incorporándose nuevas hornadas de asociados con proyectos personales y colectivos de asaltar la llamada «contradicción de primer plano», es decir, la dictadura fascista. Pasara lo que pasara políticamente en España la pregunta «qué hacen los mineros de Asturias?» completaba o modificaba criterios y expectativas, sobre todo a partir de las huelgas de 1962, que no eran las primeras después de la guerra civil, pero sí las más contundentes y las que anunciaban la difícil pero real formación de frentes renovados contra la dictadura. Constituieron un ecuador entre el antes y el después de la evolución del Franquismo desde las camisas azules a las blancas y la operación simulacro de la ley Orgánica o la ley de Prensa, desesperadamente interesadas las cabezas pensantes de la dictadura en que se sucediera a sí misma.

La importancia de las huelgas de 1962 queda reflejada en los trabajos del presente libro, en el que especialistas notables describen las causas que llevaron al estallido huelguístico, las condiciones en las que se desarrolló y los ecos nacionales e internacionales que estuvieron goteando sobre la cabeza de Fraga Iribarne durante toda la década de los sesenta. Y cito la cabeza de Fraga Iribarne y no la de otros ministros, porque siempre le ha gustado a Fraga embestir con la cabeza por delante y escogió poner la cara y la palabra para justificar la represión. La Asturias del siglo XXI puede cometer el error de autodesconocerse, porque las huelgas ya no son lo que eran y los desarmes industriales y ganaderos se realizan en nombre de algo tan abstracto como la globalización y de algo tan concreto como el mercado. Arrinconada la minería y resituada bajo mínimos la ganadería, Asturias Patria Querida es un himno legal, con un anillo y una fecha por dentro y, sin embargo, gracias a este libro habrá memoria de lo que fue uno de los empeños más emotivos y racionales de la clase obrera española cuando se la reclamaba como el sujeto histórico de cambio, y de hecho lo era, cuando la lucha de clases era la lucha de clases y no la tensión dialéctica entre norte y sur o centro y periferia, quinta planta de El Corte Inglés, gran liquidación, fin de temporada.